

eso es todo lo más que los hombres pueden dar á un hombre.

9

Palabras del estudiante D. Julio del C. Moreno.

Al terminar su discurso el profesor Altamira, el alumno de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, D. Julio del C. Moreno, le hizo entrega de un pergamino que, como afectuoso recuerdo, le dedicaban sus discípulos de la Universidad de La Plata, pronunciando con este motivo sentidas palabras.

El señor Presidente dió por terminado el acto, siendo las 4 p. m.—*E. del Valle Iberlucea*, Secretario general.

X

La demostración del Magisterio argentino (1).

La Asociación Nacional del Profesorado tuvo la simpática iniciativa de ofrecer una demostración al profesor D. Rafael Altamira, como homenaje tributado al huésped que ha dejado entre nosotros huella tan honda y luminosa.

La demostración se llevó á cabo el 13 del corriente en el gran salón de actos públicos de la Escuela Industrial de la Nación, que gentilmente el ingeniero Carlos Thays había mandado adornar con gusto exquisito.

Consignamos el hecho con especial regocijo: la demostración que el Magisterio tributó á D. Rafael Altamira, fué un signo indudable de la hermosa solidaridad que puede vincular al Profesorado argentino, si consagra sus energías á cimentar el fondo común de ideales y de aspiraciones que ha de ser fuerza fecunda en el sentido

(1) De *El Libro*, revista-órgano de la Asociación Nacional del Profesorado argentino, número de Octubre-Noviembre, 1909.

transcendental de armonizar medios y propósitos en la obra educacional de la República.

Inauguró el acto, ante una selecta concurrencia que colmaba el gran salón, el Dr. Manuel Derqui, Presidente de la Asociación Nacional del Profesorado, dando lectura del texto de la dedicatoria contenida en el álbum que, conjuntamente con una hermosa obra de arte, se ofrecía al maestro. El álbum tiene 4.500 firmas de todo el Magisterio de la capital, primario, secundario y universitario.

La dedicatoria dice así:

Á D. RAFAEL ALTAMIRA

Los profesores argentinos que suscriben, en representación de sus colegas de toda la República y en su propio nombre, quieren dejar constancia en las páginas de este álbum, de la gratísima impresión que ha producido en ellos la personalidad del ilustre maestro español D. Rafael Altamira, cuyas sabias lecciones y nobles cualidades le acreditan como una honra para el gremio en el mundo civilizado.

En su breve permanencia en la República Argentina, ha abierto surcos nuevos á la enseñanza, ha atraído y elevado los corazones con el influjo de su entusiasmo y vocación por la ciencia y su amor de la verdad, y ha hecho revivir, aún más acendrado, el nativo cariño y respeto por la madre patria España, cuya grande cultura é inde-

clinable hidalguía ha tenido en él su más digno heraldo.

Este recuerdo, que desean tan duradero como lo humano, sus amigos, los miembros del profesorado nacional se lo dedican, con votos por el mayor florecimiento de la benemérita Universidad de Oviedo, por los más brillantes triunfos de su inteligencia y su labor, y por su dicha personal y la de los suyos.

Buenos Aires, Octubre de 1900.

* * *

Ofreciendo el homenaje, el Dr. Joaquín V. González leyó el discurso que publicamos á continuación. Noble en el concepto, de impecable pureza en la forma, y sobre todo por la suprema verdad de sus afirmaciones, el discurso del doctor González ha de dejar imborrable huella en el profesorado, que supo apreciarlo en todo su valor y significado.

D. Rafael Altamira, visiblemente emocionado, leyó una sentida contestación que también publicamos.

DISCURSO DEL DR. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Señor profesor Altamira:

Señoras:

Señores:

Una vez más, para mayor honra mía, dirijo la palabra al público intelectual de Buenos Aires,

en homenaje del catedrático ilustre venido á nuestro país en misión de alta solidaridad docente y de comunicación del alma europea con la de esta joven raza americana, tan íntimamente unida á ella por la sangre y la tradición ideal. Esta vez he debido acatar un mandato corporativo, transmitido por el Presidente de la Asociación Nacional de Profesores, digno Rector de uno de los más acreditados colegios de la República, de ofrecer al embajador académico de Oviedo y de la cultura española, un recuerdo de afectuosa amistad; el cual no durará tanto como ella, sin duda, porque, mientras la hoja de papel y la piedra ó metal de que un álbum de autógrafos y una estatua de elocuente simbolismo están forjados, pueden destruirse ó perecer sin renovación posible, la obra de arte inmaterial, elaborada por la palabra y el ejemplo del maestro en la conciencia y corazón de sus oyentes, alumnos y compañeros de vocación, será «más imperecedera que el bronce» porque se reconstruirá sin cesar y se difundirá en generaciones sucesivas, en particular invisibles, como las semillas de los grandes árboles, por el ambiente, por los jugos de la tierra, por la incesante germinación de las ideas mismas.

Ha sido éste un movimiento tan espontáneo como unánime en el seno del profesorado argentino, representado por el de Buenos Aires y La Plata, como lo fuera la simpatía conquistada día por día, en cada conferencia, discurso, lección,

plática ó confidencia íntima del ilustre enviado; y ha ocurrido con él lo que á los mineros de la montaña, cuyo entusiasmo crece á medida que el análisis va descubriendo en los intersticios de la piedra de común apariencia, los puntos brillantes, los hilos, los haces ó los coágulos opulentos del filón precioso á que pertenecen. Esta es la verdadera «conquista espiritual», que no se escribe en crónicas deleznable ó formalistas; esa es, más que un catequismo artificioso, la habílsima compenetración armónica de dos afinidades incontrastables, de dos corazones que se han buscado largo tiempo en la inconsciencia ó en la sombra; y es acaso este milagro debido á una feliz predisposición de nuestra inteligencia para asimilar el mensaje, y una no menos abierta expectativa de nuestros corazones para recibir la onda cálida del afecto hermano, transmitida á través del mar por conductor tan inspirado y tan vibrante.

Muchos y valiosos factores han concurrido al éxito extraordinario de la misión de Altamira en esta región de América, que seguirá, á buen seguro, sin mengua, en todo el continente. Además de las cualidades intrínsecas del carácter, los medios de acción, las dotes persuasivas y la fuerza intelectual acumulada por el hombre, debe tenerse en cuenta la situación de ánimo, el ambiente moral, el estado de conciencia de toda América en este momento psicológico de su historia, para oír, comprender y acatar toda pala-

bra de paz, de amor, de solidaridad y de cultura que le llegue de arriba ó de lejos, como á precipitar una efusión contenida por reparos ó reticencias, más infantiles que reales, hijos más bien de una timidez mal velada de amor propio nacional, que de serias razones de Estado. Un apóstol impersonal de la ciencia y de la historia común, pone en circulación la corriente afectiva, tomada en los viejos acumuladores ancestrales, y el hielo aparente se disuelve; las ideas y sentimientos de la raza, vivientes en el idioma y en la euritmia consanguíneas, toman un sentido familiar, y de un momento á otro, la vida entera de estas sociedades puede amoldarse en sus manifestaciones externas á la armonía interior que las impulsa á acercarse y á comprenderse entre sí. No se puede cultivar la misma era sin interesarse con amor paternal por el fruto esperado; no se puede vigilar en el surco propio, sin asomarse á ver cómo germina el surco vecino; no se puede verter gotas de sangre de la misma fuente, sin sentir la profunda atracción del germen vivo, caído en la tierra; no se puede sembrar ideas en el alma de un pueblo, niño ó adulto, sin adherirse para siempre á su destino, como un destino propio, como si el pensamiento sólo fuese la vibración de un espíritu universal germinador de la vida de las formas y de las almas...

Y bien; decía que el maestro amigo había llegado hasta nosotros en hora propicia, y es necesario que lo explique. Hace tiempo que la pre-

ocupación más viva de las clases superiores ó «pensantes», es la mejor ordenación de los estudios de toda jerarquía, desde la Escuela primaria hasta la Universidad. Puedo afirmar que el fenómeno más digno de admiración aquí, es el unánime asentimiento en esta necesidad, porque el hecho más alarmante respecto de los resultados de la educación nacional es, precisamente, la falta de acuerdo y de solidaridad sobre los problemas más elementales y vulgares del gobierno ó conducción de las cosas colectivas. Todos, como los sabios de la aldea, convenimos en que es necesario poner un remedio á los males que nos afligen; pero la guerra comienza cuando llegamos al punto de determinar cuál es ese remedio. Cada uno de nosotros tiene un plan, ha concebido una combinación, ha ideado una estrategia propia y exclusiva; pero se dejaría cortar una mano antes que reconocer que el plan, la combinación ó la estrategia del vecino son dignos de su aprobación y ayuda; y así estamos ya hace más de dos décadas, y la plaga se va haciendo endémica; los rastrojos de la heredad van á trechos ostentando las sábanas sutiles de las telarañas, ó las madejas inextricables de la cuscuta, donde antes florecían los doradas espigas, ó se agitaban como las olas las floraciones azules sobre el verdemar de los alfalfares paternos; y, por fin, los frutos del huerto inmediato, víctimas de la mezquina é intermitente ración de riego ó de poda, cada día van para menos, escuálidos y desabridos, cuando

no penetrados ya del gusto intenso y acre de la maleza dominante. La desunión y la desarmonía son más funestas que la ignorancia, al parecer, en asuntos de educación pública, como en todas las demás cosas de orden colectivo; y aunque una buena inspiración espontánea nos arranque á veces un signo de conformidad por la idea ó la obra de nuestro vecino ó compatriota, no tarda el empaque criollo en arrugar el entrecejo y armar en el brazo la lazada para la gresca inminente.

Lo más grave de todo es que el problema se agita dentro de un círculo de hierro, vicioso y hermético: el mal ha atacado á la educación pública, y es evidente que sólo la educación pública puede extirparlo. Se necesita unión, acuerdo, solidaridad en la obra, para producir un estado en que tales virtudes sean posibles; y más de un hombre de Estado, conducido como de sorpresa á fijar su atención en este aspecto del Gobierno, al contemplar la enormidad del daño, se asusta de la magnitud de la empresa reclamada para la solución. Todos convenimos en que es de una necesidad primordial la de preparar los profesores y maestros capaces, por la ciencia y por el método, para cada enseñanza ó núcleo genérico de enseñanzas; y entre desalientos y abandonos, y en impulsos desiguales, vamos salvando, si no la entera realidad de la institución, al menos la integridad abstracta del principio. La fundación de Institutos técnicos, de Facultades y altas Escuelas normales, es el esfuerzo más considerable que

la historia educativa de estos últimos lustros recogerá, como pruebas de nuestra lucha por la formación del Magisterio nacional.

Las Universidades de claustro cerrado, han debido abrir sus ventanales á la luz nueva del nuevo día; y haciendo espacio á la expansión de las ciencias ya desbordantes de sus moldes antiguos, han reconocido que, encima del estrato secular, había crecido una vegetación desconocida, que amenazaba con sus raigones indisciplinados la solidez de los muros medioevales. El espíritu de la vida contemporánea entra ya sin mayores resistencias en todas las aulas; se «enseña» mucho, y se procura instruir mucho más; los graduados, científicos ó profesionales, corren después á reproducir en las aulas las lecciones aprendidas, tras un imperfecto é improlijo escrutinio de aptitudes y capacidades, y con los mismos medios incompletos de que ellos dispusieron para su aprendizaje. Un nuevo círculo vicioso aparece así en el proceso instructivo general, según el cual se exigiría á una enseñanza incompleta é inmadura que diese frutos perfectos y sazonados, siendo así que de ella sólo puede resultar, al lado de una instrucción deficiente, una educación moral negativa.

Y este es, señores, en mi opinión, en la hora presente, el más grande de nuestros males y el más grave de nuestros peligros, que formulo diciendo que «en las escuelas, colegios y universidades argentinas, se instruye pero no se educa;

se nutre la inteligencia, se adiestran los sentidos ó las aptitudes manuales, pero no se calienta el corazón, no se ilumina el alma con el fuego y la lumbre de esas virtudes inmanentes é imperecederas que, como diluídas en la sangre de toda una raza, se transmiten de generación en generación, para ser el cimiento de las nacionalidades, la armazón indestructible de los Estados, destinados á perpetuarse y difundirse: virtudes congénitas, que no forman dogma religioso, ni cláusula legal, sino sello, carácter, modalidad, timbre y armonía de todo un pueblo y de una civilización». Las grandes máquinas modernas, concebidas según el modelo vivo de la más admirable de todas las máquinas—el hombre mismo,—constan de esas dos fases esenciales: la fuerza mecánica y el calor generador; el cerebro, agente productor de la idea y de la acción, y el corazón, foco íntimo del calor, que es inspiración y voluntad. Puesta en íntima é indisoluble unidad la «animación interior» del alma con el movimiento externo y propulsivo del mecanismo, nos explicaremos esa última maravilla de la ciencia, que realiza ya el sueño mitológico del dominio del espacio por dioses alados, y la vaga aspiración del espíritu científico de otras edades, en genios como Leonardo de Vinci, para agregar ese limitado imperio al dominio de la inteligencia y la voluntad humanas. Y Ruskin, ese otro genio del amor y de la armonía, puede exhortarnos diciendo: «vuestror corazones, si no los levantáis de su quietud de

carne, serán como tumbas en cuyo seno yace enterrado un dios: consagraos, caballeros cruzados, para redimir ese santo sepulcro».

La educación no consiste, por cierto, en el solo cuidado de la nutrición de la inteligencia y del cuerpo: y sí ella es, como dice el sublime autor de la *Corona de oliva silvestre*, «una labor, penosa, continua, difícil, que debe ejecutarse por la bondad, la diligencia, el entusiasmo, el precepto y el estímulo, pero más que todo por el ejemplo», es indudable que la llave del enigma propuesto á los sabios de la aldea, está en formar la inteligencia y el corazón del maestro. No puede haber en la República misión más alta y primordial que ésta; y propagarla en el mismo grado en que antes se impulsaba la educación misma, es hacer obra de verdadero valor patriótico y humano, porque si una buena enseñanza es base de toda buena democracia, ninguna buena educación es posible con malos maestros, mal instruídos y peor educados. Ellos no sólo deben ser capaces de educar el hombre para la vida civilizada, sino de crear y modelar el tipo de ciudadano y miembro de una república culta, honesta y laboriosa. Su escuela, su colegio, su universidad, serán hogares de íntimas germinaciones, talleres de las disciplinas más armoniosas, templos de las virtudes colectivas más homogéneas y fuertes; y para que nada sea abstracto en estas confidencias, el conductor del más grande y poderoso imperio del mundo, al plantar sobre el suelo multiseccular de

la ciencia y la cultura patrias la encina nueva de la era futura, pudo decir á los estudiantes de Rugby,—lo repetiré, aunque lo hubiese ya citado en alguna parte—: «Rugby es célebre, no sólo por sus triunfos en la enseñanza y por sus letrados, sino mucho más por sus altos ideales de honor, virilidad y espíritu público..., ideales y cualidades empeñosamente transmitidos por sus grandes maestros y conservados como tradiciones queridas de generación en generación de sus hijos... Llevadlas con vosotros cuando os disperséis por la vida y por el mundo, y mantened en alto el gran nombre de vuestra escuela, y mostraos dignos de los que pasaron por ella antes que vosotros...» Apenas puedo disimular la honda melancolía que estas palabras, en toda su sencilla grandeza, la grandeza de la gloria conquistada, cavan en mi corazón de argentino al mirar, desde esta distancia, la cima lejana donde tanta belleza se oculta á nuestra ambición, como los tesoros de las leyendas, y al recordar que cada día nuestros colegios se enfrían y merman sus tareas; se acorta el tiempo de convivencia entre maestros y alumnos; se ahonda el prejuicio diferencial que los asimila á bandos antagónicos de gobiernos y puebladas en perpetua lucha de fútiles predominios y ociosas pendencias; se asemejan cada vez sus relaciones á las arterias de la pequeña política de esas diminutas repúblicas, en las cuales los que deben enseñar y educar prefieren á veces oficial las cortesánias hacia arriba ó hacia abajo, en pos

del favor oficial ó de la tornadiza popularidad estudiantil, que más que ninguna otra quema hoy lo que adoraba ayer, y paga con el escarnio las debilidades y cobardías de los que deben conducirla y moldearla en el cuño de una alta ley de afinación metálica. El «hogar intelectual», tan preconizado en los discursos y en las remembranzas literarias y en las «juvenilia» de todos los que necesitan forjarse una leyenda escolar, como se acaricia una tradición doméstica, es entre nosotros una figura retórica; cuando más, una aspiración íntima; porque no hay hogar sin convivencia, ni intimidad, ni amores, ni tolerancias, ni sacrificios recíprocos, y no existen estas virtudes esenciales en las reuniones cotidianas de profesores y alumnos, que expiden y adquieren sus lecciones de acuerdo con una dosimetría infinitesimal, sin tiempo para entablar un diálogo espontáneo, de interés vivo y palpitante, de recíprocas y afectuosas introspecciones, y en que el catedrático se preocupa, ó de acentuar su efecto, ó defender su autoridad contra la escrutadora é infalible mirada del alumno, y en que éste á su vez, poseído de su parte de presunción, malicia ó artificio para burlar la fácil coladera del maestro, entablan entrambos una lucha de simulaciones y mixtificaciones á cuál más mañosa y sutil, hasta la gran simulación final y periódica del examen, esa escuela de mentira y de fraude, mil veces más perniciosa y criminal que una madriguera, porque aquí se adiestra una mano ó un

cuerpo para agilidades materiales que una reforma moral puede destruir, mientras que en aquella la corrupción ataca el asiento de la moral misma, que ninguna aptitud física puede transformar del mal en bien, de lo falso á lo honesto, de lo simulado á lo sincero. La reforma de la enseñanza por la mayor convivencia del maestro y del alumno, en intimidad amistosa ó paternal, dentro del taller, el gabinete, el museo, el laboratorio, la biblioteca, por el trabajo y el estudio comunes, por la recíproca exhibición de cualidades y defectos, como en el seno de una familia, como al calor de un fogón doméstico, no sólo conducirá á unos y otros al ahondamiento insensible de las investigaciones de la ciencia, de las inspiraciones inmortales del arte, de las leyes más permanentes de la evolución orgánica de las sociedades, sino que encenderá en cada escuela, colegio ó universidad, una llama y una luz, á cuya influencia se verán renacer las potentes virtudes de la raza heroica de nuestros mayores ancestrales y directos; veremos á la simple vista crecer retoños lozanos en torno al tronco desecado del olivo simbólico de los patrios ideales, y como en visión profética surgir á su sombra los caracteres que cimentan imperios, y de los cuales las inteligencias y los corazones salen armados para las luchas de la vida, de la civilidad y de la ciencia, con armas tan nobles como invencibles, tan incruentas como prolíficas.

Ya veis, señores, cómo esta sencilla ceremonia,

destinada á hacer entrega á nuestro huésped y amigo de Oviedo y de España de un modesto recuerdo de los afectos que ha despertado entre sus colegas argentinos, ha tenido la virtud de sugerirme reflexiones tan íntimas como las que acabáis de oirme, y las cuales brotan del fondo de mi alma con sincera y acaso ruda franqueza—la misma que debo á mis conciudadanos todos, á mis compañeros de labor, á los jóvenes,—convencido de que ningún servicio mayor puede rendirse á la patria que el culto de la verdad, que ninguna obra duradera de cultura, de política, de economía, puede cimentarse sobre engañosas disimulaciones, ficciones ni fantasías, como si un pueblo marchase á la guerra llevando por todo armamento las esmaltadas piezas de una comedia de magia, marchase por entre campos ó montañas de tela y colores á grueso pincel y movidos por las aéreas ilusiones de un poema rimado y musical. Sueño fatal, locura mil veces culpable, comedia trágica entre todas será siempre la empresa de una generación que edíficase sus proyectos de expansión, lucha ó predominio en cualquier sentido, sobre autosugestiones de un poder ficticio ó ilusorio, ó forjado por la sola virtud del amor propio nacional irreflexivo ó pertinaz; por que los ejércitos que van á la pelea, son de hombres que sufren y mueren al golpe eficaz de enemigos superiores y mejor armados; la muerte, la derrota, el escarnio, la postergación indefinida, la humillación y la afrenta son reales y positi-

vos, y los sueños y fantasías de un patriotismo aturdido ó hipócrita, sueños son y nada más.

Vivamos la vida de la realidad, que nada hay más hermoso, más perfecto y más fecundo que ella. Los tesoros y paisajes de la imaginación eran el alma de la literatura morbosa y exangüe de los serrallos y harenes orientales, que podrá tener una ficción sublime en un «nirvana» hacia el cual conduzca en viaje silencioso la mancha azul del loto errante; pero los tesoros y paisajes de la naturaleza física—ya lo sabe la poesía moderna—son más ricos y prodigiosos todavía, porque la imaginación, durante siglos, nos ha mistificado con las copias é imitaciones de ella, como inhábil decoradora de fondos escénicos y comedias de magia. Un espíritu moderno, penetrado de las ciencias y exornado de las flores de verdadero color, esculturas y aromas de la cultura literaria ó artística, consumará maravillas más sorprendentes en la conquista de las conciencias y las voluntades, que los magos de otro tiempo, dueños de secretos de oropel y de escamoteos más ó menos sospechables. La enseñanza intensa y positiva de la ciencia ó las artes, por la sugestión viviente de la palabra inspirada, la descripción precisa y el relato verídico, estimulados por un vivo calor de alma, que surge del amor del saber y el amor de la humanidad, es la aspiración de todo pueblo serio y el problema principal de todo gobierno discreto. Nosotros tenemos muchos maestros dotados de esta vocación, que llamaré

genial, para el noble oficio; pero no pueden poseer otros recursos y fuerzas que ni la enseñanza ni la vida del país han podido ofrecerles. Altamira, como Ferri, han traído á nuestra contemplación ese modelo, para nosotros inaccesible, del «profesor completo», que no sólo posee la capacidad técnica, específica, operativa, de la docencia en su faz más estricta, sino que la cultura ambiente de sus países, las formas más definidas, los retoques más acabados y esculturales de una civilización más antigua y perfecta, comunican á sus espíritus potencias desconocidas en estados más prematuros ó informes, con los cuales su virtud comunicativa ó persuasiva se vuelve irresistible é infalible. La consagración plena, entera y suficientemente compensada del profesor europeo á la rama ó ramas exclusivas de su enseñanza, le da esa seguridad y dominio de las ideas directas y reflejas, y del rico material decorativo que flota en torno de cada ciencia, como el halo ó nimbo de perfume en torno de una planta, y que el orador ó el maestro absorbe, respira y luego devuelve en forma de imágenes sugestivas ó emotivas, para exornar y hacer más agradable y bella la transmisión de la fórmula científica ó la verdad matemática absoluta.

Ferri, como Altamira, con el inviolado prestigio de su palabra y de su ejemplo—según la máxima ruskiniana,—han tenido para nosotros el poder de confirmar ante la opinión pública argentina, de suyo incrédula, desconfiada ó ti-

morata, muchos principios que ya habían sido enunciados por pensadores nativos, pero cuya autoridad necesitaba la suprema é infalible consagración de la ciencia materna de la sabia y experimentada Europa. Así, uno y otro, en un paralelismo indestructible, han enseñado en la cátedra jurídica ó sociológica, han deleitado en la conferencia literaria, ó conquistado corazones en la confidencia y el trato personales; y así como Ferri, en sus paréntesis luminosos, analizaba á Wagner en su literatura y en su música, Altamira nos revelaba, en la encantadora forma de la conferencia ritmada de orquesta, el alma de Ibsen á través de Grieg, ó de Grieg á través de Ibsen. Los dos eminentes profesores, que han traído á nuestras vacilantes tentativas docentes el gran bien de su firmeza y seguridad en el método, han dejado además una enseñanza destinada á no removerse, como una piedra angular: la del ejemplo en sus dos fases más saludables y fecundas, ó sea la de la conducta como sanción de la doctrina y la de la labor como exponente de la disciplina y la cultura mental.

Ya lo hemos dicho todos, y el maestro Altamira lo ha dicho con nosotros: no hay aquí una despedida, sino una vacación transitoria de una labor comenzada, que podrá reanudarse en día más ó menos próximo. Si él tiene merecido su reposo, que sólo será un cambio de trabajo, nosotros también hemos adquirido el derecho á recobrar al amigo ausente, por lo afectuoso del vínculo anu-

dado entre los corazones en la vida de las aulas, en el trato de todos los instantes, en los provocosos consejos de su experiencia y su mundo; y ahora, al declararlo dueño de estos dos objetos, que sólo valen los recuerdos que representan, puedo asegurar que el maestro volverá á vivir entre sus alumnos argentinos, porque ningún sembrador abandona para siempre el surco donde arrojó la semilla, sin volver á contemplar la gloriosa germinación ó la eclosión magnífica de la flor ó del fruto, que llevan en su perfume su propia alma y en su jugo su propia sangre.

He dicho.

DISCURSO DEL PROFESOR ALTAMIRA

Señoras y señores, ó, por mejor decir, compañeros: Nuevamente tengo que pedirlos perdón si no me dirijo á vosotros en forma oral. Por primera vez, el cuerpo ha podido más que el espíritu. No me siento bien, y con esto la emoción que podréis comprobar en mi voz, se refuerza con la depresión que el malestar físico produce.

En esta situación, no podría decirlos, con la precisión que quiero, las cosas que siento; y por eso, robando al descanso algunos minutos, he escrito con lápiz, apresuradamente, en el coche, en medio de la conversación de las personas que han tenido la deferencia de visitarme esta mañana, unas cuartillas. Han sido, pues, escritas con ligereza; pero no son superficiales. Han salido de un solo empuje, y dicen, creo yo, todo lo más in-

timo, todo lo más personal que hay en mi pensamiento y en mi sentir en los momentos actuales. No he querido ni siquiera corregirlas. Saldrán con todas las incorrecciones imaginables; pero la incorrección retórica, en estos casos, significa espontaneidad del espíritu.

Resalta en el acto de hoy una nota que es la que más me satisface y, al propio tiempo, la que lo explica. Esa nota es la del sentimiento. Este es un acto, principalmente, de «entusiasmo», y de entusiasmo que sin reservas puedo acoger, porque tiene una base ideal.

Yo he visto claramente, desde un principio, por qué nos entendíamos tan profunda y totalmente vosotros y nosotros, el profesorado argentino y la Universidad de Oviedo. No ha sido por la comunidad de ideas, ni por lazo alguno puramente intelectual, ni menos personal en el sentido estricto de la palabra; sino porque vosotros tenéis el entusiasmo de vuestra misión educativa, y nosotros lo tenemos muy vivo de la que en España cumplimos y de la que quisiéramos poder cumplir en América.

Quizá vosotros no véis tan claro como yo en vuestro mismo sentimiento, y tal vez se os muestra en gran medida con el miraje de una proyección puramente personal. Si es así, os engaños, y yo voy á deciros lo que ha pasado entre nosotros. Habéis advertido lo que yo creo que es característica nuestra: no el hacer ciertas cosas con preferencia á otras, ó hacerlas mejor ó peor,

en el orden educativo, sino hacerlas con entusiasmo, con fe; y no digo con esperanza, porque más cierto sería decir que nuestro entusiasmo salta por encima de ella: no ha esperado á que los indicios del mañana le contesten con una sonrisa de éxito, y aún triunfa del pesimismo y continúa afirmándose en la acción, sea lo que quiera del fin de la batalla.

Os ha seducido el gesto atrevido, aventurero, quijotesco, de aquella modesta Universidad española, que se ha lanzado á esta obra de fraternidad internacional sin mirar si su celada y su escudo, su lanza y su caballo, resistirían los primeros choques con la realidad desconocida, ó se quebrarían, dejándola á pecho descubierto y flaca de todas sus flaquezas á las primeras de cambio; y habéis dicho con razón: «esos hombres tienen el atrevimiento cándido que hace respetables hasta las más descabelladas hazañas del caballero manchego.» Y como vosotros sois así también y tenéis el alma alumbrada por la poesía de vuestra labor social, en lugar de sonreiros y de compadeceros ante nuestra aventura, habéis sentido lo que en ella hay de amable, y algo íntimo de vuestra alma ha resonado en vibración simpática á la nuestra.

Eso es todo. Lo que yo he hecho aquí no vale sino como expresión de lo que es y de cómo es aquella casa, en la cual el entusiasmo es difusivo y se ha comunicado de unos á otros hasta el punto de que ya no sabríamos decir, en la obra común,

lo que pertenece á cada individuo, si es que hay algo individual en la vida de las ideas.

Por todo esto, lo que yo estimo más en este acto, lo que me emociona más hondamente, es su origen y su fuerza impulsora; es la comunidad en un mismo entusiasmo y la ingenuidad de éste.

Por ello, si yo hubiese podido dictar la leyenda que en el mármol parece escribir la estatua de la Historia, hubiese puesto esta: «Levantemos los corazones, porque ha llegado el día en que dos sentimientos afines, ideales, se han encontrado en el camino y se han reconocido como hermanos. De ese encuentro brota hoy una gratitud más alta y más grande que puede serlo cualquiera gratitud personal por favores recibidos: la gratitud con que los corazones sinceros, aun sin saber fijamente á quién ó á qué dirigirla, se estremecen cada vez que en el doloroso progresar de la humanidad brilla un rayo de luz y los luchadores recobran alientos para el mañana con el apretón de manos que les dice: «no estáis solos: alguien camina á vuestro lado y mueve también la espada de la idea para desgarrar la bruma que aún cierra el horizonte».

Así me hablará ella en mi retiro de Oviedo y nos hablará á todos los que en nuestra obra comulgan; y cuando alguien pregunte quiénes son los que en ese álbum firman, yo les diré: «son soldados de nuestra misma sangre, en la santa cruzada que nos lleva hacia una humanidad mejor que la presente».

XI

Otros actos universitarios (1).

1

Las autoridades universitarias, los profesores y alumnos de las Universidades de La Plata y Buenos Aires, han tributado al catedrático de Oviedo el homenaje de su respeto y cariño. A las comidas privadas, en donde la palabra sencilla del maestro se insinuaba en los espíritus, han sucedido los banquetes, las demostraciones y la fiesta oficial, confiriéndole el título de doctor *in honoris causa*.

El 4 de Octubre, antes de celebrarse el festival universitario, los profesores y profesoras de la Universidad de La Plata ofrecieron un banquete al profesor Altamira en el hotel Sportman, al cual concurrieron más de ochenta comensales.

(1) De la revista de la Universidad de La Plata, *Archivos de Pedagogía y ciencias afines*, número de Noviembre, 1909.